

Libro 2 Capítulo 13: Las Migajas tan Deliciosas que Ella Compartió - Druida del Centro (Primera Parte del Bosque)

- Libro 2 Capítulo 13: Las Migajas tan Deliciosas que Ella Compartió - Druida del Centro
(Primera Parte del Bosque)

Libro 2 Capítulo 13: Las Migajas tan Deliciosas que Ella Compartió - Druida del Centro (Primera Parte del Bosque)

Dantes regaba su cuarto jardín, sacando su empuñadura negra para podar unas hojas amarillentas de un arbusto mientras escuchaba los chismos de las palomas en el tejado recién despejado detrás de él.

"¿Qué tal estuvo el parque?"

"Mal. La anciana no volvió a aparecer. La extraño mucho."

"Qué extraño. Ella solía aparecer incluso bajo la lluvia."

"Y qué migajas tan deliciosas le daba."

"Una vez me salvó de un gato. Lo atacó con su bastón. Qué mujer tan valiente."

Desde su iniciación, Dantes había aprendido a escuchar a muchos animales. Resultaba fascinante notar las diferencias entre ellos. Todos compartían prioridades similares: comida, agua y refugio, pero cada uno abordaba esas necesidades desde perspectivas muy distintas. Los murciélagos eran muy sociables, casi como una gran familia. Las ratas también formaban una familia, aunque del tipo de los delincuentes: compartían, pero solo después de asegurarse de tener lo propio primero. Las cucarachas no hablaban realmente, aunque él captaba impresiones generales sobre ellas. Los gatos, en su mayoría, lo ignoraban a menos que tuviera algo que quisieran. Las aves, especialmente las palomas, le recordaban a las mujeres de un burdel al terminar el día: chismosas, presumidas y de alguna manera, capaces de mantener un registro de más de cien personas mediante pequeñas conversaciones.

Terminó de podar una rama, pensando en la necesidad de invertir en herramientas mejores pronto, y vertió algo de agua desde un costal sobre sus manos para enjuagarlas. Echaba de menos a la

Zorra y sus baños habituales... y a las prostitutas. Dirigió su atención hacia las palomas.

"¿Conoces la vivienda de esta mujer?"

Las palomas lo miraron hacia abajo.

"¿Oh, ella habla? Pensaba que sería alguna de esas pequeñas de barba corta."

"Sí, puedo hablar, la mujer de la que hablas, ¿dónde puedo encontrarla?"

Otra paloma, esta gris con destellos de verde esmeralda en el cuello, se adelantó. "¿Por qué quieres saber?"

Dantes encogió los hombros. "Quiero ver si puedo ayudarla." Había estado buscando maneras de ganar la confianza de las aves, y esto parecía ser uno de esos métodos. Los murciélagos habían sido muy útiles. Eran excelentes voladores y sus sentidos muy agudos, pero tenían sus limitaciones. No podían volar muy alto, y usarlos durante el día le costaba una gran preferencia, la cual tardaba en acumularse. Aunque las palomas cumplieran un papel similar, también valía la pena conquistarlas. No hay nada de malo en tener una variedad de opciones.

"No lo sé, pero creo que la de plumas rojas sí."

Dantes se acercó a un poste donde colgaba su abrigo y se lo puso. Tenía una cita con Félix más tarde en la noche para obtener el objeto que había preparado para ayudarlo a romper el hechizo anti-parásitos, así que ese día había estado enfocado en el mantenimiento del jardín y en ganar confianza. Esto parecía una tarea digna de su tiempo.

"Llévame con ella."

Lo que siguió fue una serie de intercambios con distintas palomas. Unas no tenían la certeza, pero conocían a alguien que sí, y todo eso gradualmente lo acercó más y más hasta que Dantes se encontró en un pequeño barrio marginal en la frontera de los muelles y el centro, frente a una vieja casa de ladrillos con un hermoso jardín de flores en la ventana.

Osciló en duda frente a la puerta, dándose cuenta de que no había pensado bien en cómo abordaría la situación. No podía simplemente decirle que estaba allí por las palomas. Suspiró, y golpeó la puerta. Improvise, confiaba en poder inventar algo sobre la marcha.

Escuchó una serie de pasos sorprendentemente pesados y extendió su brazo para que Jacopo pudiera saltar fuera de él y asomarse por la ventana.

A través de los ojos de Jacopo, vio lo que en efecto era una anciana, pero no esperaba que fuera una orco de sangre pura que, a pesar de las pequeñas gafas y el cabello gris, sostenía un garrote pesado y espinoso mientras se mantenía detrás de la puerta.

"¡Ya les dije a todos, no tengo dinero! ¡Déjenme en paz!"

Dantes rápidamente comparó lo que ella decía con la información que había recopilado sobre el área. Mondego la controlaba, pero era en la frontera de lo que él dominaba completamente. Sus secuaces a menudo intimidaban a los propietarios con amenazas de extorsión. Asumió que habían amenazado a esta mujer y ahora tenía miedo de salir de su casa, aunque por su estatura le sorprendía ese temor. Seguramente sus matones eran bastante intimidantes.

“Eh, no estoy aquí por dinero, señora, pero ¿por casualidad tiene algún parentesco con...”, alcanzó a buscar en su mente un nombre orco común, “¿Crushken?”

Vio que la mujer bajaba un poco su garrote desde los ojos de Jacopo.

“...Sí, tengo un primo con ese nombre.”

“Bueno, lamento decirle que lamentablemente ya falleció.”

Ella bajó su arma, abrió la puerta y preguntó tristemente: “¿Crushy está muerto? Siento que pierdo a alguien más cada año. ¿Qué le pasó? ¿Fue durante una caza de leviatán?”

Dantes sonrió internamente, encontrando exactamente la manera en que debía proceder. “Así es. De hecho, fue una caza bastante rentable. Estoy aquí en nombre de su barco. Usted es el único pariente que hemos podido localizar... ¿tuvo esposa o hijos?”

Ella negó con la cabeza. “No... siempre fue malo con las mujeres, Crushy. Se ponía demasiado cariñoso demasiado rápido.”

Dantes asintió. “Ah, bueno, las ganancias finales de la caza, su corte y la de algunos viajes previos, la compañía suele reservar esas cantidades para pagar la reposición de empleados fallecidos, pero debido a que su muerte fue clave en la última expedición, se ha hecho una excepción y su familia recibirá el dinero.” Normalmente, esta parte del engaño implicaba que él mencionara que ella necesitaba darle dinero para pagar los gastos legales del traspaso, una vieja estafa que él mismo había practicado unas cuantas veces en el pasado, aunque no funcionaba tan bien cuando su voz se quebraba. En este caso, sin embargo, quería darle dinero a la mujer, lo que facilitaba mucho las cosas.

“¿Cuánto?” preguntó ella, con ojos estrechados y desconfianza. Difícil tomar en serio buenas noticias en el centro de la ciudad, o quizás ella conocía ya la estafa.

Dantes hizo unos cálculos mentales rápidos. “En realidad, treinta piezas de oro.”

Sus ojos se abrieron un poco. “¿¡Treinta!?”

Él asintió. “Bueno, en las cacerías de leviatán, las cosas siempre son de abundancia o escasez. Él falleció en una época de abundancia. Si hubiera seguido vivo, habría estado bien para años.”

Ella asumió una expresión neutral, se recompuso y extendió casualmente su mano hacia el garrote. “¿Y qué es exactamente lo que debo hacer para recibir este dinero?”

Él sonrió, ella ya conocía la estafa. Metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño saco de oro. “Supongo que todo lo que tendría que hacer es tomar esto de mi mano.”

Miró a ambos lados y arrebató el saco con una rapidez que contrastaba claramente con su edad. Él asintió y observó su casa. “Con esto, podrías permitirte mudarte a un vecindario más elegante. Quizá cerca del parque público a unas pocas calles.” Sonrió. “En fin, señora, que tenga un buen día.”

Sentía cómo Jacopo trepaba por su pierna mientras se alejaba de ella.

—¿Rendirte sin obtener nada a cambio? —preguntó Jacopo—. Eso es un gasto innecesario.

—Si eso me lleva a recibir la bendición del dios de las palomas, habrá valido la pena —respondió él, crujió sus dedos—. Existen varias maneras de gastar el oro. Puedes usarlo para alcanzar tus metas, para divertirte, para adquirir cosas agradables, y por supuesto, para sobrevivir en general. Pero no tiene valor simplemente en estar acumulado. Los hombres y mujeres más ricos y tacaños en Uptown, a menudo mueren rodeados de pilas de riqueza sin gastar, que sus hijos discuten entre sí. Yo prefiero gastarlo.

—El ratón que acumula comida es el primero en morir cuando escasea —dijo Jacopo.

Dantes asintió lentamente, —También está eso. Si lo gastas en hacer amigos, sin duda te puede favorecer a largo plazo. Es una herramienta, no un objetivo en sí mismo.

Dantes caminaba por callejones rumbo al distrito de la Guilda. —¿Estás listo para irrumpir en esas panaderías que te cerraron? —preguntó a Jacopo.

Sintió la emoción en Jacopo, —Al principio, sí.—

A punto de llegar a su lugar de encuentro, decidió enviar algunas ratas y cucarachas antes que ellos. Halló a Félix esperándolo, visiblemente sudoroso y caminando nerviosamente de un lado a otro, lo cual era una mala señal. Dantes detuvo su paso y lo observó un momento más, dejando que sudara.

Félix miró por el callejón y levantó con mucho cuidado un paño suelto en la entrada. Dantes pudo ver, a través de un murciélago colgado al revés, una especie de símbolo arcano debajo. Parecía que Félix quería atraparlo.

—Él piensa que será la migaja que caiga en una trampa de resorte —dijo Jacopo.

Dantes sonrió. —Veamos cómo reacciona cuando sea él quien caiga en ella en su lugar.